

## LA IMAGEN DEL PASADO EN LA ESPAÑA MODERNA

JACQUES LAFAYE

Según lo ha apuntado acertadamente Aranguren—inspirándose probablemente del célebre aforismo de Benedetto Croce: “La historia—no la erudición—es siempre ‘presentación’ (Presentización, actualización) del pasado.”<sup>1</sup> Esta observación viene matizada en el caso de España por aquella otra, de Tierno Galván: “Cada período cultural ha pretendido dar un nuevo sentido tradicional a los hechos históricos . . . La tradición más eficaz en España es la que pretende interpretar la psicología nacional.”<sup>2</sup> Se pueden citar, entre los modernos, a Menéndez Pidal, Américo Castro y Sánchez Albornoz, quienes, más allá de sus divergencias y polémicas—que opusieron sobre todo el segundo al tercero, tienen un amplio común denominador. Este común denominador—el cual queda implícito—va a merecer toda nuestra atención.

Ninguno de los tres aludidos autores citados vacila en considerar (más o menos explícitamente) a la historia de España como la manifestación en la cronología de un permanente carácter español, una especie de “virtus Spaniorum,” que sería la clave de la historia nacional. Ellos sólo disienten en puntos a nuestro parecer secundarios, como es saber si la original postura vital (llámese “vividura” o con otro nombre) es herencia visigótico-romana o posterior sincretismo cristiano-moro y judío. En concepto de Menéndez Pidal, Séneca ya era un Español.<sup>3</sup> Para Américo Castro, en cambio, el hombre español nace en los días heroicos de la mal llamada Reconquista.<sup>4</sup> La preferencia de Sánchez Albornoz en la génesis española, la tienen los Visigodos.<sup>5</sup>

Pero estos ilustres maestros de la España del siglo xx no han sido lo bastante simplistas como para cegarse con sus respectivas teorías.

Menéndez Pidal no llega a salvar el carácter nacional si no es inventando una no menos original dialéctica. Groseramente resumida, esta dialéctica consiste en que el carácter nacional tiene eclipses, períodos de letargo, o sea no tiene permanente vigencia y así se pueden explicar los altibajos de la potencia y cultura patrias.

En la visión de Américo Castro, no hay necesidad de este subterfugio dado que toda la historia española es un constante forcejear consigo mismo del pueblo español—jes la herencia de Unamuno!

Prudentemente don Claudio (Sánchez Albornoz) hace intervenir como factores de la historia española la casualidad y las personalidades que actúan en la vida nacional para desviarla del camino en la que ésta viene encarrilada por el determinismo biológico, cultural y caracterológico del consabido carácter nacional.

Si uno compara entre sí tres de las más celebradas visiones del pasado de España, elaboradas a mediados de nuestro siglo, una de ellas conservadora y centralista y las otras liberal-avanzadas, le es forzoso sacar las siguientes

conclusiones: (a) el rasgo característico de la historiografía española sigue con tendencia marcadamente apologética desde el *De laude Spaniae*, de Isidoro de Sevilla (siglo vii); (b) o, lo que viene a ser lo mismo para nuestro propósito, es crítica y denigratoria del pasado nacional comparado con lo que pudo ser, debido al excelso carácter nacional; (c) en las tres aludidas visiones del pasado yace la básica “España eterna,” una entidad que desafía el tiempo y se remonta, más allá del símil biológico del siglo pasado, al mito humanístico del siglo xvi.

De hecho, quien ha inventado el pasado de España o mejor dicho, quien le ha inventado un pasado a una España todavía en gestación, ha sido el cronista real Florián de Ocampo. (Recuérdese que murió en 1558 y había empezado a redactar la *Crónica General* en 1527.) Tras él van a pasar en tropel el autor del *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, de 1548; Esteban de Garibay con su *Compendio historial*; Ambrosio de Morales con su *Crónica*, de 1573; historiadores de más vuelo como Hernando del Pulgar y Andrés Bernáldez han creado la leyenda histórica dorada de los Reyes Católicos. Se podría traer, innecesariamente, copia de nombres.

No voy a repetir lo que ha escrito nuestro colega Robert B. Tate,<sup>6</sup> de la Universidad de Birmingham, sobre la eflorescencia mitológica de los siglos xv y xvi. Lo que ha pasado entonces está bien claro. Se trata de un “challenge” entre España e Italia. Mejor dicho se oponen idealmente una Italia todavía por nacer (que tardaría más de tres siglos en unificarse) pero heredera del pasado imperial romano, y una España que Fernando e Isabel y sus seguidores intentan forjar y poner a un nivel de hegemonía europea o al menos de “leadership” cristiano frente al terrible Turco. Ha sido en este preciso momento cuando se le ha inventado un pasado secular y aun milenarista a España. Uso intencionadamente la palabra “inventar” en el sentido ya arcaico en que se usaba al hablar de la “invención” de unas reliquias o la imagen enterrada de una Virgen, porque creo que esta imagen del pasado hace entonces el mismo papel que unas reliquias milagrosas. Y si se revisa la historia de los historiadores del llamado Renacimiento, no se dejará de advertir que la Corte de Navarra y sobre todo la de Aragón, no sólo la de Castilla, se atraen también cronistas humanistas para forjar la tradición jurídico-religioso-histórica que cada una necesitaba para respaldar su política exterior peninsular y/o europea.

Aun el jesuita Mariana, autor posterior (siglo xvii) considerado anticonformista, se conforma con la visión unitaria del pasado hispano arraigado en la cristiandad desde los orígenes más remotos de ésta. Ni que decir que, después de aparecer una serie de libros más o menos polémicos titulados: *Defensa de los Españoles*, *España vindicada*, etc., . . . la obra de Masdeu (por otra parte característica

de las Luces del siglo XVIII) no le va en zaga a esta caterva de obras apologeticas. A pesar de lo que parece sugerir el título de la obra: *Historia crítica de España y de la cultura española*,<sup>7</sup> la precede un discurso apologetico.

La apologetica histórica española necesita de lo que yo llamaría "la España eterna," en cierto sentido *ne varietur*, que revela el significativo título de un libro reciente, obra de un sabio arqueólogo: *Españoles desde hace dos mil años*.<sup>8</sup>

¿Hasta qué punto esto se pueda creer? ¿En qué medida don Antonio García y Bellido cree él mismo que Trajano, Lucano, Séneca fueron "Españoles"? De lo que sí no se puede dudar es que el expansionismo español hacia el pasado es parte del famoso "carácter nacional." La visión utópica del glorioso pasado nacional es un ingrediente permanente de las corrientes ideológicas peninsulares, tanto progresistas como conservadoras. Este carácter utópico del pasado hispano—nostalgia de fallados éxitos necesarios como trampolín de futuros saltos de la historia, lo revela de paso el título del ensayo de Julián Marías: *La España posible en tiempo de Carlos III*.<sup>9</sup> Pues ahí está justamente el problema histórico: si esta añorada España ilustrada no ha sido es porque "no pudo ser."

La cuestión sería aclarar el porqué de esta imposibilidad, y quede bien claro que nosotros no tenemos ambición tan alta. Tan sólo pretendemos llamar la atención sobre unas constantes de la historiografía. Ya en el 43, —fijarse bien que esto fue en 1943—llegó a escribir Pedro Laín que: "coinciden avanzados y reaccionarios en el desconocimiento de la historia nacional" y, agrega Laín, que: "Ambos propenden a medievalizar nuestro período clásico,"<sup>10</sup> lo cual se verifica con Menéndez Pidal, Américo Castro y Sánchez Albornoz.

Si se toma en cuenta la postura crítica de Laín y otros espíritus entre los más destacados de la España de hoy, creemos nosotros intento legítimo el de un balance de la historiografía española. Ya no se trataría como hace sesenta años de *La leyenda negra*<sup>11</sup>—visión de España por los extranjeros, sino de un bosquejo de "*La leyenda española del pasado*," visión del pasado patrio por los propios historiógrafos españoles. Obviamente la obra en dos tomos de Bartolomé Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española*,<sup>12</sup> no hace más que proporcionar datos eruditos de los que un ensayo como el que venimos realizando no puede prescindir.

No obstante el hecho de que Sánchez Alonso ha tenido acertados atisbos, no ha sacado partido de una observación como la siguiente, que le ha inspirado la obra de Florián de Ocampo: "Ocampo comenzó su obra hacia 1527, cuando la grandeza nacional alcanzaba un nivel insospechado poco antes. El deseo de presentar una España primitiva digna de la majestad de la España contemporánea tenía que caldear su imaginación."<sup>13</sup>

En realidad menudean los libros de historia apologetica de España, como la *España vindicada*,<sup>14</sup> la *Defensa de la Hispanidad*, desde Peralta y Barnuevo a Ramiro de Maeztú<sup>15</sup> y muchos otros más oscuros. Estos libros, se me va a objetar, son ingredientes de la ideología nacionalista en

sucesivos momentos del pasado; no merecen considerarse como obras de historia, aunque hayan salido con tal pretensión. Yo diría que la historiografía española moderna—salvo contadas y muy recientes excepciones—ha sido en su totalidad apologetica, o—lo que para nuestro propósito viene a ser equivalente, ha sido también sistemáticamente denigratoria o antiapologetica. A esta última tendencia pertenece por supuesto toda la tradición histórica que, desde el siglo XVII, expresa la conciencia de la decadencia de España. Este no es lugar oportuno para desarrollar un tema ya ampliamente expuesto—más que estudiado—por Palacio Atard.<sup>16</sup> En un artículo reciente, John Elliott<sup>17</sup> ha puesto de manifiesto el proceso de aparición de la conciencia de decadencia—cuán diferente ha sido ésta en tiempo de los arbitristas de lo que iba a ser en la llamada generación del 98—agregamos nosotros—y sus epígonos ilustres: Menéndez Pidal y Américo Castro, cada uno en la opuesta vertiente pero ambos, en este aspecto, entrañablemente decimonónicos. Parece que conservadores y progresistas han colaborado (involuntariamente—para los segundos) para realizar en el campo historiográfico el voto exaltado de un reaccionario del siglo pasado: "Súbanse los Pirineos a las estrellas; ciérrense con muro de bronce todas las avenidas."<sup>18</sup>

Yo no sé—y creo que nadie ya lo toma muy en serio—si España es "invertibrada," según lo apuntó Ortega y Gasset,<sup>19</sup> pero en cambio me parece fuertemente vertebrada la historiografía de España: triunfante exaltación nacionalista de un lado, dolorosa conciencia de decadencia de otro, cara y cruz de una conciencia nacional en alta tensión, durante toda la época moderna. Ni el portugués Oliveira Martins llega a escaparse de este determinismo historiográfico, porque se limita a coronar los mitos nacionales—el español y el portugués—con el nuevo (¿y superior?) mito del iberismo,<sup>20</sup> elaborado en la segunda mitad del siglo pasado.

Si nos adelantamos más ahora en el examen del quehacer historiográfico español, en sus dos aspectos antagónicos y complementarios, podremos hacer las siguientes observaciones que son otras tantas sugerencias de campos por explorar:

*Primero:* en conformidad con el fin que persiguen, los historiógrafos españoles modernos han tenido que hacer una selección de épocas, episodios, héroes, etc. . . .

Por ejemplo, los Reyes Católicos son los héroes predilectos de la historiografía misonista de derecha, mientras que Carlos III ha llegado a aparecer en libros escolares de la época franquista como "rey masón y judaizante"!

Al contrario la historiografía liberal y la progresista suelen exaltar el reinado de Carlos III y la Ilustración, considerando al revés a Felipe II como al que mantuvo a España en las tinieblas del oscurantismo medieval.

Se podrían traer muchos ejemplos de esta índole sin que realmente haya necesidad de ello. Queda claro que una visión neo-maniqueista del pasado nacional es subyacente a la mayor parte de la historiografía española moderna.

*Segundo:* lo que vale para personajes históricos y reinos, se verifica en el caso de provincias o antiguos reinos

peninsulares. Castilla es a todas luces forjadora única de la España moderna al par que heredera de la tradición céltico-romana, si nos atenemos a Menéndez Pidal.<sup>21</sup>

Muy distinta es la interpretación del pasado peninsular por otros ilustres historiadores españoles de este siglo. El catalán Jaime Vicens pone de manifiesto el papel de Navarra en la europeización de la España medieval. También recuerda este autor que el reino de Aragón-Cataluña ha sido hegemónico en el Mediterráneo hasta el siglo xv en vísperas de la aparición de otro poder hegemónico, el de Castilla, que iba a aprovechar ampliamente las posiciones de la monarquía aragonesa.<sup>22</sup>

En resumidas cuentas el enfoque regionalista de la historia nacional es regla general y trae como consecuencia cierto desequilibrio o desajuste de la visión de conjunto del pasado peninsular.

*Tercero:* lo que podría llamarse hipertrofia historiográfica de la Edad Media y el Siglo de Oro es otro rasgo característico de la empresa historiográfica. En cuanto a lo primero (la Edad Media), uno puede preguntarse ¿qué valor va a tener la referencia a los combatientes de la Reconquista, para aclarar la mentalidad del pequeño burgués madrileño de hoy día? La mal llamada "Reconquista"—para unos una "Guerre de Cent Ans" que durara ochocientos años—es otro de los puntos cardinales de la historiografía española. Aunque se le sustituya una visión sincrética de cristianos, moros y judíos, como hizo Américo Castro,<sup>23</sup> o se prefiera a esta "simbiosis" una "antibiosis" como quiso don Claudio Sánchez Albornoz,<sup>24</sup> ahí está en pie la creencia de que el destino histórico de España se sella en aquellos "siglos oscuros."

No es cierto que la mentalidad del hidalgo digno y famoso de *Lazarillo de Tormes* se haya forjado en tiempo de las rapiñas fronterizas del Cid—otra creación literaria ejemplarizante. Y dado que ya hemos tocado al Siglo (fueron casi dos siglos) que unos dan en llamar de Oro y otros de Decadencia, apuntemos de paso que se ha exagerado su importancia como principio de explicación de la España moderna. Si bien nos falta espacio para justificar esta afirmación nuestra, sí nos da tiempo para pasar a examinar épocas posteriores cuya importancia relativa se ha desdeñado injustamente hasta años muy recientes.

*En cuarto lugar,* la antagónica y complementaria visión del pasado hispano que hemos intentado bosquejar, centrandó ésta su quehacer en la Edad Media y el Siglo de Oro-Decadencia, aparece sumamente tautológica. De hecho ésta es fundamentalmente heredera de la historiografía del Renacimiento y el siglo xvii. Los mismos principios explicativos, los mismos tópicos, procedentes de autores aludidos más arriba, como Andrés Bernaldez y Hernando del Pulgar, Mariana y otros que hemos callado entre la caterva de arbitristas, como Sancho de Moncada<sup>25</sup> o Peñalosa y Mondragón,<sup>26</sup> aparecen en obras modernas, con vestido nuevo por supuesto. Ya hemos intentado mostrar con ejemplos concretos que la visión disonante arábica y la judaica de aquel famoso reinado de los Reyes Católicos y el siglo que antecede no es menos válida que la propuesta por apologistas cristianos.<sup>27</sup> Citemos tan sólo

el caso de uno de los más trillados tópicos. En su famoso libro sobre la monarquía española, el ilustre Thomaseo Campanella, ya apunta que una de las tres causas generativas de la potencia de la monarquía hispánica es: "Una lucha de ochocientos años contra los moros, que ha proporcionado militares bien preparados para lanzarse a nuevas guerras."

Al lado de la anterior aparece, como causa decisiva: "La conquista del Nuevo Mundo que, acreciendo los dominios y las riquezas de la monarquía, aumentaron su poder en Europa."<sup>28</sup>

La tercera causa, en concepto de Campanella, fue que "el favor del Papa le había concedido a Fernando el título de Rey Católico." Ha sido necesario esperar hasta los años 70 para que los historiadores españoles empiecen a reaccionar contra los modelos tradicionales de la historiografía peninsular, cada uno con su temperamento. Unos como Julio Caro Baroja en su sugestivo opúsculo: *El mito del carácter nacional*<sup>29</sup> se enfrenta, en unas disquisiciones aparentemente inconexas, al tópico número uno de la historiografía anterior. Este librito entreaire la puerta o mejor dicho abre la brecha por la que otros van a poder lanzarse y llegar a una completa revisión del pasado nacional español.

En muy distinto estilo y en una obra reciente,<sup>30</sup> don Antonio Domínguez Ortiz propone al lector una visión del siglo xviii español que—más allá de los estudios sobre la ideología de la Ilustración—se funda en el análisis de la realidad rural, económica, fiscal y nos revela la complejidad de una España si bien centralizada administrativamente, variada casi al infinito de una provincia a otra y de un pueblo a otro. Aunque él no lo diga, de hecho sustituye a la anterior visión monolítica del pasado hispano, una galaxia.

El relativamente desdeñado siglo xix ya ha suscitado estudios que, como el de Javier Herrero sobre los orígenes del pensamiento reaccionario, van a permitir llenar el hueco entre dos crisis mayores de la historia hispana: la Guerra de Independencia de principios del siglo xix y la Guerra civil española, de 1936 a 39, ambas objeto de un sinnúmero de estudios publicados. El libro de Herrero<sup>31</sup> pone de manifiesto que las luchas partidarias de la España moderna se originan en la "terreur blanche" consecutiva a la restauración del Deseado, Fernando VII.

Si se toman en cuenta los recientes trabajos de historia agraria y económica de Gonzalo Anes y a la inversa se exceptúan algunos libros publicados en los años sesenta por J. Antonio Maravall, Ramón Carrande y el ya citado Domínguez Ortiz, uno puede escribir sin peligro de caer en grave error, que la historiografía moderna de España no llega a diez años de vida en España. No se crea que desconocemos la inmensa aportación de un Menéndez Pidal o un Américo Castro y menos aún de don Claudio Sánchez Albornoz. Cada uno de ellos tuvo su genio propio e insustituible, además de una imponente erudición. Yo diría (con el riesgo de quedar tachado de secuaz de la "Leyenda negra") que en el pasado medio siglo las más de las obras historiográficas duraderas han sido obra de historiadores

alemanes, franceses, ingleses. Nombres como los de Vossler, Vilar, Elliott no exigen mayores comentarios—tomamos intencionadamente tres generaciones de los tres países aludidos. A la inversa es imprescindible llamar la atención sobre el mero hecho de que ningún historiador español ha hecho ninguna contribución de importancia a la historia de un país que no fuera España o un país hispanico. Esta postura vital característica—que en ninguna manera se puede atribuir a incapacidad intelectual—es la que está cambiando ahora.

Tenemos a la vista ya unas muestras recientes de la “nueva historiografía”—si es que se la quiera llamar así, mañana aparecerán sin duda contribuciones españolas a la historiografía de Europa. Esta doble condición: el exorcismo de los viejos fantasmas de un pasado al uso del espíritu partidista, y la curiosidad por el pasado europeo y generalmente no hispano, es necesaria para que en ade-

lante la historiografía española nos enseñe más sobre el pasado que pretende estudiar que sobre el presente (a su vez pasado) de quien lo estudia.

Lo paradójico de los mitos históricos mal llamados “castizos” es que suelen ser de origen extranjero, italiano en los siglos xv y xvi, francés en los siglos xviii y xix, alemán en el siglo xx.

En esto quizá está el “enigma” (si es que hay tal enigma) en ninguna manera histórico, sino sencillamente historiográfico. La historiografía española moderna nos enseña tanto por lo que calla como por lo que ha pretendido pregonar, que ya ha venido el tiempo de que se le dedique un estudio fenomenológico, en el que no se pretenda buscar la verdad del pasado (historia objetiva), sino, para cada época, la verdad de la conciencia del pasado, clave de la autoconciencia de la sociedad.

Université de Paris—Sorbonne

<sup>1</sup> José Luis Aranguren, *Moral y sociedad* (Madrid, 1965), III, p. 32.

<sup>2</sup> Enrique Tierno Galván, *Tradicón y modernismo* (Madrid, 1962), p. 25.

<sup>3</sup> Ramón Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia* (Madrid, 1957), I, pp. 13-130.

<sup>4</sup> Américo Castro, *La realidad histórica de España* (México, 1954).

<sup>5</sup> Claudio Sánchez Albornoz, *España, un enigma histórico* (Buenos Aires, 1956).

<sup>6</sup> Robert B. Tate, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV* (Madrid: Gredos, 1970).

<sup>7</sup> Juan Francisco Masdeu, *Historia crítica de España* (Madrid, 1783-1805).

<sup>8</sup> Antonio García y Bellido, *Españoles desde hace dos mil años* (Madrid: Espasa-Calpe, 1945).

<sup>9</sup> Julián Marías, *La España posible en tiempo de Carlos III* (Madrid, 1963).

<sup>10</sup> Pedro Laín Entralgo, *Sobre la cultura española* (Madrid, 1943), p. 92.

<sup>11</sup> Julián Juderías, *La leyenda negra*, 2a. ed. aumentada (Madrid, 1917).

<sup>12</sup> Bartolomé Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española* (Madrid, 1944).

<sup>13</sup> Sánchez Alonso, p. 13.

<sup>14</sup> P. Peralta y Barnuevo, *Historia de España vindicada* (Lima, 1730).

<sup>15</sup> Ramiro de Maeztú, *Defensa de la hispanidad* (Madrid, 1934).

<sup>16</sup> Vicente Palacio Atard, *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII* (Madrid, 1949).

<sup>17</sup> John H. Elliott, “Self-Perception and Decline in Early Seventeenth-Century Spain,” *Past and Present*, 74 (febrero de 1977), 41-61.

<sup>18</sup> Simón López, *Despertador cristiano-político* (Valencia, 1809), p. 22.

<sup>19</sup> José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (Madrid, 1921).

<sup>20</sup> J.P. de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*, prólogo de J.A. Maravall, nueva ed. (Madrid, 1972).

<sup>21</sup> Ramón Menéndez Pidal, *España y su historia* (Madrid, 1957).

<sup>22</sup> Jaime Vicens Vives, *Aproximaciones a la historia de España*, 2a. ed. (Barcelona, 1962).

<sup>23</sup> *La realidad histórica de España*.

<sup>24</sup> *España, un enigma histórico*.

<sup>25</sup> Sancho de Moncada, *Restauración política de España*, introd. de Jean Vilar (Madrid, 1974).

<sup>26</sup> Benito Peñalosa y Mondragón, *Libro de las cinco excelencias del español* (Madrid, 1629).

<sup>27</sup> Jacques Lafaye, “Reconquest, Djihad, Diaspora: Three Visions of Spain at the Discovery of America,” *Diogenes*, 87 (otoño de 1974), 50-60.

<sup>28</sup> T. Campanella, *De monarchia hispanica* (Amsterdam, 1653), cap. II, p. 6.

<sup>29</sup> Julio Caro Baroja, *El mito del carácter español, Meditaciones a contrapelo* (Madrid, 1970).

<sup>30</sup> Antonio Domínguez Ortiz, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español* (Barcelona: Ariel, 1976).

<sup>31</sup> Javier Herrero, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español* (Madrid, 1971).